

no obstante los grandes triunfos que alcanzó. ¡Lógica del destino!

Por este tiempo (16 de setiembre), arribó á Puerto-Cabello una expedición salida de la España, compuesta de la fragata *Venganza* de 40 cañones, una goleta de guerra y seis transportes, conduciendo un regimiento de 1,200 plazas, denominado de Granada, mandado por el coronel José Miguel Salomón. El general republicano, con sus tropas enfermas y debilitadas por la insalubridad del clima de Puerto-Cabello, vióse obligado á levantar el sitio, y se retiró á Valencia, con el objeto de reponerse, y de atender á las provincias del interior convulsionadas á su espalda, á la vez que observar los movimientos del enemigo por su frente, y por el flanco occidental que había descuidado, como Mariño había descuidado el suyo por el oriente así como su frente de los llanos del Apure.

XII

Envalentonado Monteverde con la retirada de los republicanos y con el refuerzo recibido, se puso en campaña al frente de 1,600 hombres, dejando guarnecida la plaza con los voluntarios españoles. Con esta fuerza bien dirigida, con el curso simultáneo de la sublevación de los llanos y de las guarniciones de Maracaibo y Coro, el general español habría podido domar por segunda vez la revolución de Venezuela; pero cometió el error de no concertar ningún plan, y el más grave de dividir sus fuerzas (setiembre 25).

Puerto-Cabello se halla dividido de la planicie en que se asienta la ciudad de Valencia, por uno de los últimos ramales de la cordillera oriental que la envuelven por el oeste, el cual sólo tiene dos caminos de acceso: el uno llamado de

Aguacaliente y de las Trincheras, y el otro el del valle de San Esteban dominado á su entrada por las alturas de Bárbula. Monteverde ocupó las Trincheras y se fortificó en esta posición, adelantando una vanguardia de 500 hombres sobre las alturas de Bárbula, á distancia de diez kilómetros sobre su flanco derecho. Bolívar permaneció indeciso por el espacio de cuatro días ante este despliegue inexplicable de fuerzas, á la espera del desarrollo del plan del enemigo; pero convencido al fin de que no tenía ninguno, resolvió tomar la ofensiva aprovechando la ventaja que la incapacidad de Monteverde le brindaba. Lanzó sobre Bárbula, las probadas tropas granadinas al mando de Girardot y D'Eluyar, sostenidas por una columna á órdenes de Urdaneta, que treparon valientemente las fuertes posiciones del enemigo, desalojándolo de ellas. Al coronar los neo-granadinos triunfantes la altura de Bárbula, una bala de fusil hirió en la cabeza al valeroso Girardot, derribándolo sin vida (30 de setiembre). Las tropas granadinas pidieron en premio de su victoria, que se les concediera el honor de llevar solas el ataque sobre las Trincheras para vengar la muerte de su jefe, y Bolívar lo concedió; pero hízolas apoyar por una columna de 1,000 venezolanos, exaltando así el sentimiento de noble emulación de los ejércitos unidos. Monteverde fué forzado en sus atrincheramientos, con pérdidas considerables, y herido él mismo en la pelea (3 de octubre) volvió á encerrarse en Puerto-Cabello. El coronel Salomón tomó interinamente el mando de la plaza. El sitio de los republicanos volvió á restablecerse bajo la dirección inmediata de D'Eluyar con las tropas granadinas.

Bolívar, siempre ávido de emociones teatrales, voló de nuevo á la capital en busca de nuevas ovaciones y honores para los muertos y los vivos. Excesivo en todo, después de comparar la reconquista de Venezuela á las cruzadas de la cristiandad, decretó en forma de ley, honores á la memoria

de Girardot, cual no se habían tributado jamás á un general vencedor muerto en el campo de batalla. Hizo su elogio fúnebre en una proclama en que lo comparó á Leonidas por sus hazañas, declarando que á él debía muy principalmente la república de Venezuela su restablecimiento y la Nueva Granada sus más importantes victorias. Los ciudadanos llevarían luto por su pérdida durante un mes consecutivo : su corazón sería llevado en triunfo á Caracas, y depositado en un mausoleo erigido en la catedral ; sus huesos se transportarían á Antioquia, su patria ; su batallón llevaría por siempre su nombre, el cual se inscribiría en todos los registros públicos de las municipalidades de Venezuela, « como el primer bienhechor de la Patria »; y por último, acordaba el goce de sus sueldos á toda su posteridad con las gracias y preeminencias de la gratitud pública empeñada (28). Después de esto, ya no quedaba más que un honor posible á los sobrevivientes, y es el que se reservaba él al dirigirse á la capital. « Yo no me » aparto de vosotros, dijo en tal ocasión á su ejército, sino » para ir á conducir en triunfo el gran corazón del inmortal » Girardot (29). Este viaje fúnebre en momentos en que la reacción realista triunfaba en los llanos,—del modo que luego se explicará,— y una invasión lo amenazaba por el occidente, ha sido severamente criticado por sus contemporáneos en Europa y América y hasta por sus mismos ministros como acto de vanidad pueril y de ostentación teatral (30). El único

(28) Ley dictatorial de Bolívar de 6 de octubre de 1813.

(29) Proclama de Bolívar de 6 de octubre de 1813.

(30) El conocido escritor español Blanco White, amigo de la revolución hispano-americana, dijo con tal motivo en el « El Español » de 1814, pág. 72, publicado en Londres: — « Después de la batalla de Bárbulas, Bolívar, en vez de seguir la derrota y valerse de la confusión del enemigo, emprendió un viaje fúnebre-triunfal á Caracas para llevar el corazón de Girardot. Si esta pompa fúnebre convenía más que la marcha militar contra los restos de Monteverde, es cosa que á la distancia no se puede juzgar. Pero si se ha de conjeturar por cierto espíritu de levedad que muestra toda la conducta del jefe de Venezuela,

historiador nacional que lo excusa, tiene que asignarle otros motivos más serios que los dados por él mismo (31). El secreto del viaje fúnebre iba encerrado en la urna del corazón de Girardot.

En el mismo día en que se tributaron honores póstumos á Girardot (octubre 14), el gobernador político de Caracas nombrado por el dictador, convocó presurosamente á la municipalidad, con asistencia tan sólo de los corregidores de la ciudad, el prior del consulado y el administrador general de rentas, hasta completar con dificultad el número de veinte empleados. Constituidos por sí y ante sí en asamblea soberana, decretaron sobre tablas en nombre del pueblo, á propuesta del gobernador, que se invitiese á Bolívar del carácter de Capitán general de los ejércitos de Venezuela, y le confirieron por aclamación y á perpetuidad el « sobrenombre » (palabra del acta) de « Libertador », que él mismo se había anticipado á darse en documentos públicos, y nunca dado por ninguna asamblea soberana á ningún hombre del mundo (32).

» es muy de temer que el presentarse en triunfo pesase más en él de lo que exigían las circunstancias. Esas proclamas altisonantes, esas proclamas de comedia, y ese entusiasmo facticio, todo se reduce á jarrana. El poco respeto á la verdad que se nota en algunos pasajes de estos papeles, hace muy poco favor fuera de aquellos países, al partido que los publica ». — El mismo secretario de Bolívar en el departamento de policía y justicia en esta época, dice: « Se declara de hecho depositario de la soberanía general del pueblo, alcanzando por juntas tumultuarias la aprobación y el dictado de Libertador ». (*Representación de Rafael D. Mérida al congreso de Venezuela en 1819*). — Su ministro después y amigo Restrepo, en la « Hist. de la Revol. de Colombia », que le dedicó, aunque trata de disculparlo, dice en el t. II, pág. 194: « Se criticó en aquel tiempo el viaje de Bolívar á Caracas, cuando Boves se hallaba triunfante en los Llanos, como originado de una vanidad pueril ».

(31) Véase Restrepo: « Hist. de la Revol. de Colombia », t. II, página 193-194.

(32) En ofi. de Bolívar de 18 de mayo de 1813 al presidente de Nueva Granada, le decía desde Cúcuta al abrir su campaña: « Es doloroso que aquellos que debían verme como su Libertador, y que en efecto lo he

Al mismo tiempo mandaron fijar en las portadas de todas las municipalidades una inscripción: BOLÍVAR, LIBERTADOR DE VENEZUELA (33). Hé aquí el origen del glorioso título con que Bolívar ha pasado á la historia. La posteridad lo ha confirmado, olvidando los pobres medios porque fué alcanzado y la pequeñez moral del que lo aceptó en nombre de la soberanía popular, de quienes no podían hacer otra cosa que lo que él les permitiese, cuando había negado al pueblo, al proclamarse justificadamente dictador, la capacidad de instituir un gobierno propio. Era el primer síntoma del delirio de las vanas grandezas personales.

Bolívar aceptó el título como sometiéndose á la voluntad del pueblo, manifestando que era para él « más glorioso que » el cetro de todos los imperios de la tierra ». Al mismo tiempo declaró con modesta justicia, que el congreso de Nueva Granada y sus compañeros de armas eran los verdaderos libertadores, que merecían más que él la recompensa de la gratitud pública. Para pagar esta deuda instituyó la « Orden » militar de los Libertadores ». Invocando la voluntad de los pueblos, decretó una estrella de siete radios, símbolo de las siete provincias de la república, condecoración que usarían los que hubiesen merecido el renombre de tales por una serie no interrumpida de victorias, los que serían denominados así y considerados como bienhechores de la patria, con derecho incontestable á ser preferidos á personas de igual mérito en

» sido, se esmeren en perjudicarme ». (« Docs. para la historia del Libertador », t. IV, pág. 592). — En su manifiesto de 9 de agosto de 1813 á sus conciudadanos, dijo: « El Libertador de Venezuela renuncia para » siempre y protesta formalmente. no aceptar autoridad alguna » etc. (col. cit.). — Véase que este título era una idea fija en él antes de abrir la campaña y después de terminarla.

(33) Acta de la municipalidad de Caracas de 14 de octubre de 1813, confiriendo á Bolívar el empleo de capitán general y el título de Libertador. (« Docs. para la vida pública del Libertador », t. I, pág. 99 y sig.)

los empleos (34). Esta fué la primera orden de su género instituida en Sud-América, menos aristocrática que la Cincinnatus creada antes por Wáshington, y más democrática que la « Legión de Mérito » y la « Orden del Sol », instituidas por O'Higgins y San Martín en Chile y Perú, no establecía desigualdades artificiales, y después de servir de noble estímulo, debía extinguirse con la vida de los libertadores sin transmitirse á título de herencia de la gloria.

XIII

Mientras el libertador malgastaba su tiempo en teatrales ceremonias fúnebres, haciéndose acordar ó aceptando en vida honores póstumos, la reacción se aprovechaba para sublevar las poblaciones de las campañas en pro del rey, haciendo á su vez la guerra á muerte.

Van á reaparecer ahora, aquellos cien hombres desprendidos en el Orinoco de la columna dispersa de Cajigal, que según lo anunciamos, debía ser el núcleo de un ejército formidable que haría desaparecer por segunda vez la república de Venezuela (§ IX de este cap.). Como se recordará, estos cien hombres eran mandados por dos oficiales oscuros llamados José Tomás Boves, peninsular, y Francisco Tomás Morales, canario, destinados ambos á adquirir una gran celebridad. El verdadero nombre de Boves, era José Tomás Rodríguez, natural de Gijón en Asturias. Piloto en su mocedad, había sido condenado á ocho años de presidio en Puerto-Cabello por actos de piratería. Indultado, cambió su nombre por el de Boves en gratitud á uno de sus benefactores, y se

(34) Decreto de Bolívar instituyendo la orden militar de Libertadores de Venezuela, de 22 de octubre de 1813.